

De la memoria al aula: mi vocación de maestra

Lucía Xóchitl Herrera Álvarez*

La decisión de ser maestra no surge como un hecho aislado, sino como un proyecto vital que se configura en la memoria, la vocación y la historicidad social. Desde la infancia, los espacios escolares —con sus símbolos, figuras y experiencias— han marcado la convicción de que la docencia es más que una profesión: es un compromiso ético y social. El ingreso a la Escuela Normal, tras un examen de selección que dejó fuera a muchos aspirantes, significó el inicio de un camino que se ha ido construyendo entre recuerdos, tensiones y reflexiones. La pregunta obligada —¿qué significa ser maestro?— se convirtió en guía y promesa, orientando mi formación inicial y mi visión de futuro.

La memoria escolar como raíz de la vocación

La infancia de esta mujer que hoy escribe fue una etapa que se construyó de manera simultánea con la asistencia a una escuela primaria dirigida por religiosas. Una construcción de la época virreinal de Texcoco, con sus muros anchos, techos altos y pasadizos sombríos. Cómo olvidar sus escaleras amplias y corredores rojos que me generaron misterio, curiosidad y reto. Ahora, sé que se convirtió para mí en un espacio simbólico que protegía y desafiaba mis anhelos. Me transmitía seguridad, cobijo y pertenencia frente a las incertidumbres de la infancia.

La figura de la Hermana Mercedes, severa y silenciosa, y la firmeza de carácter de la Hermana Josefina encarnaron un referente espiritual y ético que otorgaba peso a la vocación de una niña que se sentía ya maestra. Siempre justas y ecuanímenes, fueron un referente para escuchar esa voz interior. Mientras tanto, frente a la fuente característica del patio, yo descubría que todo era posible, incluso ser maestra. Estos recuerdos no son anecdóticos, sino constitutivos de mi identidad docente, pues en ellos articulo valores, símbolos y prácticas que se proyectan en mi vida profesional.

La escuela no sólo fue un lugar de protección, sino también de exigencia: la invitación a enfrentar pruebas, a crecer, a asumir responsabilidades desde el salón de clases, ha simbolizado tensión entre tradición y cambio. La obediencia y construcción de autonomía impulsaron a esta incipiente autora a cuestionar modelos impuestos y a reconocer su vocación desde temprana edad.

Liderazgo e identidad en la infancia

La participación escolar nunca fue pasiva: guiar oraciones, organizar equipos, montar coreografías o capitanear actividades eran acciones que revelaban una identidad en formación. La frase de Los tres mosqueteros —uno para todos y todos para uno— se convirtió en principio de trabajo que orientaba mi visión docente. Estas experiencias no eran simples juegos, sino prácticas que anticipaban el papel de mediadora y formadora que más tarde asumiría como docente.

Este lema, vivido en la infancia, se transformó en fundamento pedagógico que más tarde me proyectaría en el aula, donde no sólo se enseñan contenidos, sino que se fomenta la cooperación, la empatía y la justicia social. El rechazo de modelos impuestos se ejemplifica con el “No soy princesa, soy mosquetera”, que ha sido una afirmación de independencia y voluntad de transformación permanente. Este guiño personal simboliza la resistencia frente a identidades prefabricadas por la familia o la sociedad y la decisión de construir una identidad propia, ligada al servicio y al cambio. Mi vocación docente se configuró así, como liderazgo, compromiso y deseo de cambiar el mundo.

El maestro como sujeto histórico-cultural

El reconocimiento de la propia historia implica asumirse como sujeto histórico-cultural en proceso de construcción. El maestro se forma y actúa en un contexto marcado por procesos sociales, políticos y educativos de su época. Su identidad profesional refleja las transformaciones históricas de la educación. Por ello, se le reconoce como el heredero de tradiciones y, al mismo tiempo, protagonista de cambios, mediador en-

tre la cultura escolar y la cultura social. En 1989, con 12 años de edad, me encontré envuelta con noticias de la caída del muro de Berlín; en ese momento no supe con exactitud qué implicaba, pero sí entendí que había familias separadas y niños que necesitaban más que pan y agua. Y ahí me visualicé ¡Era necesario que yo fuera maestra!

Con el paso del tiempo, mi memoria se vuelve algo difusa, pero hay años que permanecen intactos en el corazón. El año 1994 fue uno de ellos: el país era sorprendido con el TLCAN, el levantamiento del EZLN, el uso del nuevo peso mexicano y el asesinato de Colosio. Cada acontecimiento parecía abrir una lesión en mi interior y con la muerte de mi abuelo se sumó un dolor íntimo más fuerte que me hizo comprender la fragilidad de la vida y la urgencia de la esperanza. Mi abuelo vivió siempre con la esperanza de los ideales de una revolución mexicana. Y los compartió conmigo.

En ese cruce entre historia y pérdida, se fortaleció mi vocación docente. Comprendí que enseñar es acompañar a otros en la búsqueda de sentido, en la reconstrucción de lo que la historia quiebra. La educación se convirtió para mí en un acto de memoria: una forma de mantener viva la voz de quienes nos precedieron y de transformar el dolor en conciencia. El dolor por la pérdida de mi abuelo y las heridas colectivas de aquel año me enseñaron que el espacio áulico es un espacio donde la memoria se hace presente, donde lo vivido se transforma en conciencia crítica. Ser maestra es para mí acompañar a los jóvenes en la tarea de reconocer que la historia no es ajena, que nos atraviesa y nos llama a responder.

Así, mi vocación docente se nutre de la convicción de que la educación es un puente entre lo tangible y lo intangible: entre los hechos que marcan a una nación y las emociones que marcan a una vida. En cada estudiante busco sembrar la idea de que la memoria no es sólo recuerdo, sino fuerza transformadora, capaz de convertir el dolor en esperanza y la experiencia en aprendizaje compartido.

La historia como construcción abierta

La docencia se concibe como una historia incompleta, en constante configuración. Zemelman (2000) recuerda que la historia no tiene una

única dirección, sino que es compleja, indeterminada y abierta. Entonces mi manera de enseñar también debe serlo. En el aula no busco ofrecer respuestas definitivas, sino abrir caminos de reflexión. Por eso recorro a debates donde los estudiantes confrontan distintas perspectivas, a proyectos de investigación que los invitan a explorar su propia memoria familiar y comunitaria, y a relatos de vida que les permiten reconocer que la historia se escribe también desde lo íntimo.

Mi vocación docente se convierte en ese hilo que une lo personal y lo colectivo, lo objetivo y lo subjetivo, lo íntimo y lo histórico. Mi ser docente, entonces, se construye en la tensión entre teoría y práctica, vocación y exigencia institucional, tradición y cambio. Como dijera Merlín en *La espada en la piedra*: “Por cada sí existe un no, por cada contra hay un pro y es lo que al mundo da sabor”. Estas contradicciones, lejos de ser obstáculos, constituyen el terreno fértil donde se ha gestado mi identidad profesional.

La utopía como horizonte pedagógico

La experiencia docente se concibe como posibilidad de cambio, como utopía que transforma lo deseable en posible y lo posible en imposible, en el sentido de romper límites y ampliar horizontes. La vocación se convierte en acción transformadora, capaz de generar vínculos de pertenencia y reconocimiento en la comunidad escolar.

Ese llamado pedagógico se convierte entonces en acción transformadora. Ser maestra es aceptar que la docencia es un trayecto inconcluso, que se escribe día a día con las voces de quienes aprenden y enseñan. Es reconocer que cada gesto pedagógico puede abrir horizontes insospechados, que cada encuentro en el aula es una oportunidad para que la utopía se haga presente. Así, mi vocación de servicio se convierte en compromiso: enseñar como acto de esperanza, como tejido de justicia y como camino compartido hacia lo que aún no existe, pero puede llegar a ser.

La docencia no es únicamente una profesión, sino un espacio de construcción social y de transformación personal. La identidad profesional se construye en la apertura de la historia, en las contradiccio-

nes y en la voluntad de ser sujeto autónomo y transformador. En ella se conjugan la memoria de mi niñez, la diversidad de motivaciones y la posibilidad de construir un futuro más justo y humano. La formación inicial en la Escuela Normal y la memoria de mi infancia en aquella escuela virreinal me han permitido comprender que ser docente es vocación, reflexión crítica y acción transformadora. Nací para ser maestra, y esa certeza se ha reafirmado en cada recuerdo, en cada tensión y en cada reflexión.

*Doctora en Educación. Docente de la Escuela Normal de Texcoco y directora de la E.S.T.I.C. núm. 041 “Tierra y Libertad”. xochitl_maestra@yahoo.com.mx

